

Tolerancia y adaptación: dos atributos de la pedagogía ignaciana

Lucía Raynero

Hace unos cuatro siglos y medio, un grupo de estudiantes de la Universidad de París decidió formar una hermandad religiosa que daría un giro importante a la vida espiritual de la Europa renacentista, inmersa en los problemas de la Reforma.

Era un grupo reducido de sólo siete compañeros —el saboyano Pedro Fabro, el navarro Francisco Javier, el portugués Simao Rodrigues, los castellanos Diego Laínez y Nicolás Bobadilla y el toledano Alonso Salmerón— liderado por un ya maduro vasco que sentía un profundo amor a Dios: Ignacio de Loyola.

Estos siete estudiantes pronunciaron sus votos y constituyeron una pequeña empresa compacta, muy unida y bien enlazada que daría paso, con el tiempo, a la Compañía de Jesús.

Los hombres que la fundaron fueron empleados en los variados oficios: desde cargos diplomáticos para la Santa Sede hasta la administración de colegios y misiones en países lejanos. También el aula universitaria fue de primera importancia para los jesuitas. De ahí que desarrollarían, con especial afecto y dedicación, dos obras: la educación y las misiones extranjeras.

La educación fue tomada como un verdadero apostolado que combinaría la enseñanza formal de la época con el conocimiento del catecismo conciliar de Trento.

En octubre de 1548 se fundó en Mesina, Sicilia, el primer colegio para estudiantes laicos. Ignacio de Loyola escogió cuidadosamente diez jesuitas para encargarse de esa institución. Entre aquel año y 1556, Ignacio puso en marcha en Europa treinta y tres colegios. A partir de estas experiencias se construyó una estructura educacional alimentada por los autores clásicos, el humanismo renacentista y las grandes universidades europeas.

La pedagogía ignaciana tuvo su origen e inspiración en la Universidad de París; con más exactitud, en el Colegio de Santa Bárbara. Éste era uno de los centros de estudios más brillante del humanismo francés. Ignacio insistió en que se adoptasen los métodos educativos de París en los colegios dirigidos por jesuitas, para que todos tuviesen algunas características básicas y comunes: un claro orden en el plan de estudios, un decidido respeto a los estudiantes, la obligatoriedad a la asistencia a clases y, además, muchos ejercicios y tareas para los alumnos.

Pero los jesuitas no se conformaron con la educación reducida tan sólo al aula, sino que pensaron que había de trascender ese recinto. Debía sobrepasar el simple adiestramiento y el saber; debía pasar de lo meramente académico a la acción, y ésta se encontraba en el reto de transformar, de convertir almas con concepciones religiosas y rituales ancestrales en almas fervorosamente creyentes en Cristo. La educación es el arte de la transformación.

Fue así como la Compañía emprendió su otra obra principal: el establecimiento de las misiones extranjeras. Cuando Ignacio murió en 1556, los jesuitas se habían establecido en Japón, en la India, en América y en el Congo.

Quien abrió este duro camino, fue Francisco Javier. Este jesuita fue una especie de Marco Polo religioso del siglo XVI. Recorrió las costas de la India, penetró en las fantásticas Islas de las Especias, llegó a la Malaca y desde allí tocó al aislado Japón, donde planificaría su entrada en la secreta China. No pudo llevar los Evangelios al Celeste Imperio, pues la muerte lo sorprendió en una isla frente a sus costas.

Desde 1498, el reino de Portugal había comenzado una vigorosa expansión comercial en tierras del Oriente. Goa, Cochín y Malaca estaban bajo su autoridad directa. Detrás de los mercaderes y soldados portugueses, llegarían los jesuitas. Francisco Javier fue nombrado Inspector de Misiones del rey de Portugal, Juan III. Con ellos, la actividad misional se profundizó y expandió por tierras inexploradas anteriormente por europeo alguno.

Con Francisco Javier comenzó tímidamente un nuevo modelo de cristianización, concebido inicialmente en Japón y continuado por sus discípulos jesuitas en China, India e Indochina.

El descubrimiento de la elevada civilización japonesa obligó a Francisco Javier a reflexionar y a cambiar de método en lo que debía ser una misión. No se podía emplear el sistema de “tabla rasa”; es decir: la destrucción total de una cultura para implantar el cristianismo. Se debía, entonces, respetar las tradiciones y costumbres locales. Se debía tolerar, se debía adecuar.

Este nuevo método de “adaptación” reemprendía el antiguo modo de proceder del cristianismo primitivo en el seno del imperio romano. El cristianismo primitivo se había adaptado al mundo grecorromano primero, y al mundo bárbaro después.

Indudablemente, el mayor éxito de Francisco Javier fue haber introducido el cristianismo en Japón. Los cristianos japoneses se

multiplicaron durante los 50 años siguientes a la desaparición del santo peregrino. Para finales del siglo XVI, el archipiélago nipón contaba con unos 300.000 fieles.

Este respeto y tolerancia, iniciado por Javier, a las culturas radicalmente distintas a la occidental, inspiró el estilo de apostolado de dos jesuitas excepcionales: Mateo Ricci y Roberto de Nobili.

Ricci llegó muy joven a China. Poseía una inteligencia extraordinaria, una mente matemática y un corazón humanista. Aprendió a la perfección la lengua china, paso previo indispensable para el acercamiento a un pueblo poseedor de una profunda tradición basada en la piedad filial y en la filosofía de Confucio.

¿Cómo lograría Ricci transformar, es decir, convertir a los chinos con costumbres y ritos tan arraigados? Por medio de la *tolerancia* y la *adaptación*. Él pondría la tolerancia en marcha al aceptar los ritos chinos en las prácticas católicas de los nuevos conversos. La adaptación, al trasponer palabras de la filosofía confuciana para dar nombre, en aquella lengua, a Cristo. Así Ricci pensó que las palabras *Tien* que significa “cielo” y *Shangti* “Señor Soberano” describían muy bien al Dios de los cristianos.

Cuando Ricci murió, había unos 2500 chinos convertidos al catolicismo. En los años siguientes, el número se duplicó. Ricci consiguió lo que ningún religioso había logrado antes que él: el establecimiento de una casa de jesuitas en la ciudad prohibida, es decir, en Pekín.

Otro jesuita que comprendió la valía de la tolerancia y la adaptación fue Roberto de Nobili. Su acción estuvo centrada en el sur de la India. Para iniciar su práctica transformadora aprendió el sánscrito y el tamil, y estudió el significado de los Vedas. Permitted a los nuevos

conversos el uso de los símbolos exteriores de cada una de las castas. De Nobili nunca pretendió que los nuevos cristianos abandonasen sus costumbres seculares por las occidentales.

La simpatía que sentía de Nobili por la cultura oriental, fue causa de que lo acusaran de paganismo y apostasía. En su época no se entendían, todavía, los principios de la adaptación y la tolerancia. Sin embargo, años más tarde, el Papa, Pablo V, daría la aprobación para que este singular e inteligente sacerdote emplease esos nuevos métodos en la empresa misionera: la tolerancia hacia ritos seculares ajenos a la doctrina cristiana, y la adaptación de algunos de ellos.

Actualmente vivimos en un mundo distinto al de Francisco Javier, Ricci y de Nobili, en el aspecto del conocimiento y de la información que fluyen y cambian a velocidades sorprendentes. En la época de estos jesuitas la validez de un paradigma científico permanecía por siglos. Hoy el conocimiento se duplica cada cuatro años y un paradigma da paso a otro. En los próximos años, se calcula que el conocimiento se duplicará cada veinte meses.

La información se multiplicará a un ritmo tan vertiginoso que resultará cada vez más difícil mantenerse al día en todo lo que se publica. Es preciso, entonces, echar mano de la adaptación, método que emplearon aquellos jesuitas para las nuevas situaciones que tuvieron que experimentar. Sabían por intuición, que naufragarían, si no se adaptaban a los cambios, y que debían respetar las costumbres y tradiciones de otros pueblos tan disímiles de la cultura occidental.

Por otra parte, el verdadero transformador, es decir, el educador, debe poner en práctica la tolerancia, entendida no sólo como respeto hacia los demás, sino también como apertura de la mente hacia nuevas ideas y nuevas posturas. Porque si el educador no es tolerante, ¿cómo puede percibir los cambios y emplear los métodos de adaptación?

Francisco Javier, Ricci y de Nobili transitaron por ese camino y tuvieron éxito. Queridos graduados, les invito a que sigan la senda de esos notables jesuitas, verdaderos educadores de almas, para que ustedes se conviertan en transformadores de mentes y corazones.